

LAS SIRENAS Y OTRAS MARAVILLAS

Germán Álvarez Mendiola*

Y ahora sé que misteriosamente

liberarme de mí

es ser fiel a mí mismo como nunca.

En “Noveno Rastreo” de Tomás Segovia

(Último poema compartido por Eduardo Remedi el 9 de enero de 2016)

Ojalá supiera como comenzar a escribir sobre Eduardo, el Flaco Remedi. Que pudiera tomar prestadas, por ejemplo, sus sirenas, quiero decir, sus musas, casi siempre femeninas, y que el dique que contengo en mi pecho formara un cauce tierras abajo para dar sentido a su partida, a nuestra amistad, a sus enseñanzas, a su humor, a su sensibilidad rayana a la adivinación, a sus voces, a su locura y a su sensatez. Pero no lo sé. Así que veré este papel en blanco y comenzaré con el último tema importante que unió nuestras conversaciones.

Eduardo sentía una enorme fascinación por las sirenas y por las historias maravillosas. No era un heroico Ulises que se amarrara al mástil de su nave para evitar ser seducido, devorado, hundido en las profundidades del mar. No. Él prefería escuchar todo, gritos, silencios, canciones, amores y desgracias, mientras se dejaba llevar por las sirenas a otros mundos. También hacía uso de la palabra, en voz alta, encabronándose, bromeando, repartiendo hijos de puta a la menor oportunidad, blandiendo su mástil y lanzando rayos azules con su mirada. Cuanto más hondo mejor. El abismo de Castoriadis puesto en práctica. El canto de sus sirenas. Seres extraños y hermosos. Duales. Agua y tierra. Peces y pechos enhiestos. Y él jugando con sus musas, bebiendo inspiración para vivir, pensar, reír y amar. Todo eso venía junto en él.

Es difícil atrapar a Eduardo en pocas palabras. Si algo admiro fue su enorme capacidad para estar con la gente, para estar *en* la gente. Su gran curiosidad abarcó varios dominios, es bien sabido, y no sólo de tipo académico. La poesía, las novelas y el cine lo acompañaron toda su vida. Pero detrás de estas pasiones estuvo la gente, que le despertaba intereses de toda clase, para tratar de entenderlas, saber sus secretos y tener material con el cual seguir riéndose de la vida. Los aconteceres de las personas que

conocía lo seducían con la misma pasión que le provocaba un pasaje de la última novela que estaba leyendo, un verso de alguno de sus poetas predilectos o una escena de la película más reciente. Sí, las personas, todas, formaban parte de sus musas. Y los temas que dominaban sus indagaciones eran las relaciones entre ellas, el placer y el sexo, los temores, el dolor y las miserias. La libido, las neurosis y las fobias, habría Eduardo resumido.

Por eso era capaz de entender muchas cosas, casi de adivinar lo que ocurría con sólo ver fijamente a nuestros ojos. ¿Cuántas veces no nos sentimos desnudados en la fragilidad de nuestros sentimientos con su intensa mirada? Además de saber ver, sabía escuchar y preguntar. Siempre queriendo estar al tanto de todo, hasta de lo que no era posible. La vida como una eterna práctica de campo, entrevistando y poniendo hipótesis en el acto. No importa que fueran descabelladas, no era perfecto y era dado a la exageración, eso lo sabemos todos. Pero no sólo dejaba hablar a sus sujetos (a él le habría gustado este término), también intervenía, claro, dando su opinión aunque nadie se la pidiera. No necesitaba permiso para eso, lo que le causaba a veces ciertos desencuentros que el tiempo desvanecía. Creo que fue fiel a una forma personalísima de observación participante y no sólo mientras trabajaba en sus incontables viajes de entrevistas, sino también en su vida diaria, mejor diré cotidiana, como le hubiera gustado decir a él.

Eduardo se reía. Se reía mucho. Le salían lágrimas nomás de reírse. La risa era su método y su credo. Se reía de los opuestos, de las incongruencias, del absurdo, del ridículo y de la insensatez. De la risa pasaba a la burla, al chiste y a la caricaturización. Que quede claro, por si hiciera falta: no era superflua esa risa, era sagaz e inteligente. Se reía de los demás y con frecuencia él era su propio motivo de risa. Reírse desnuda el alma y penetra en los relieves de la realidad. Muestra las contradicciones, produce un acto reflexivo, libera energías negativas, derrama endorfinas y dopaminas, y genera felicidad. No es un método exacto pero es bastante eficaz para andarse por la vida algo más ligero y alegre, cosechando amigos y amores. Todos nos reímos mucho con las ocurrencias del Flaco, con esos latigazos con los que concluía una anécdota, un comentario.

Así, con sus sirenas maravillosas, con su escucha de adivino, con hacerse parte de las personas y con su risa, Eduardo llevó la vida, especialmente en el último tramo. Y

todo por amor a la vida. Para ser amado y para repartir amor. Miró de frente a la muerte, con la misma mirada inquisitiva y burlona que le conocimos. Y jugó con ella, se rio de ella y trató de entenderla, algo inalcanzable pero que bien valió la pena para estirar su existencia hasta donde le fue posible y despedirse en paz.

Germán

10 de febrero, 2016

Información sobre el autor

***Germán Álvarez Mendiola.** Cursó la Licenciatura en Sociología en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM y realizó estudios de Maestría y Doctorado en Ciencias en el Departamento de Investigaciones Educativas (DIE) del CINVESTAV. Desde 1990 es investigador titular en el DIE y actualmente es Jefe departamental. En 2003 recibió el Premio ANUIES por la mejor tesis de doctorado sobre educación superior. Ha realizado estancias de investigación y docencia en universidades extranjeras. Es miembro de diversas asociaciones de investigación nacional e internacional.